

MADRID, ABRIL DE 1810
Ribera del Manzanares

La brisa, que llegaba desde el río mezclada con el aroma de la naturaleza regenerándose en la incipiente primavera, se transformó en un escalofrío que recorrió la espalda de don Álvaro y le hizo añorar la gruesa pelliza que había abandonado dentro de la casa.

En la lejanía, el resplandor de los reverberos de aceite dibujaba una tenue línea amarillenta sobre los tejados de la ciudad agazapada tras un cerco de tapias y paredones. La campana de San Plácido desgranó su rosario de horas y tras ella fueron las esquilas menores de otros conventos.

–Las once –anunció el aristócrata a su mozo de posta.

–Se está retrasando. Me da mala espina.

Don Álvaro guardó su pesado reloj de plata en el bolsillo del chaleco y descolgó la bota de vino que pendía al fresco en un clavo de la pared.

–No esperarías verlo llegar antes de que cerrasen las puertas de la ciudad. Toma, caliéntate el estómago.

El criado cogió la bota en el aire y se despachó un generoso trago que le hizo chasquear la lengua de placer.

–¿Tienes preparado el tiro?

Con el dorso de la mano, el hombre se limpió la gota que le escurría por la comisura de los labios antes de responder.

–Desde el mediodía. No sé, no es bueno tener tanto tiempo a las mulas aparejadas. Hociquean nerviosas y obedecen mal las órdenes...

–El monsieur sabe lo que se hace. Viajará dando un rodeo para esquivar los puestos de los gabachos.

–Su excelencia estará en lo cierto, pero el aire trae algo que no me gusta. Las acémilas lo barruntan y yo estoy con ellas...

Don Álvaro balanceó la cabeza para contradecir los temores de su criado y le animó con un golpe amistoso en la espalda a la vez que, con un movimiento de cabeza, le indicaba el camino de la cocina.

–Ve a cenar. Yo haré la ronda por ti.

–Se agradece, pero hasta que no vea entrar por la puerta del patio el birlocho del mesié, seré incapaz de tragar ná.

El hacendado sonrió para que Bernabé no sospechase que compartía sus recelos.

–Estaré en el mirador.

Con zancadas apresuradas, el hombre recorrió el perímetro murado que delimitaba su propiedad hasta la esquina más alejada, donde una plataforma de vigas de madera revestidas de adobe y techada de retama se alzaba por encima del muro. Subió los peldaños de tablas y se acodó en el pretil junto al centinela que, apoyada la espalda en una de las esquinas, adormecía contra su pecho el mosquetón de chispa.

–¿Algo nuevo?

–Ná, don Álvaro. Tenemos poca luna.

El hacendado elevó la mirada hasta el preciso lugar donde el paisaje se fundía con la oscuridad de la noche. A la luz del cuarto menguante aún se alcanzaba a divisar la pétrea silueta del puente de Toledo y su casa de pósitos en el extremo. Desde las huertas llegaba un aroma fresco que enmascaraba el olor a sosa de los lavaderos.

Sin ser demasiado consciente de ello dejó que la mirada recorriera el camino que, a su izquierda, llevaba hasta la ermita de San Isidro, creyendo distinguir en la lejanía el titilar nervioso del hacha de pez y resina que el santero dejaba cada noche en el pórtico para orientación de caminantes. Nada que temer. Solo una calma tensa, rota de tanto en tanto por el ulular del viento y el chapaleo de los peces en las aguas del río.

–¡Don Álvaro, el físico me manda con recaó de que vaya ahora mismo!...

–¿Qué tripa se le ha roto al chiflado ese? –inquirió el aristócrata por el hueco de la escalera dirigiéndose al chico que le reclamaba desde el patio. El crío se alzó de hombros antes de responder:

–Me ha dicho que se allegue sin tardar al sótano.

Mascullando imprecaciones y mudos reniegos contra el hombre que le requería con tanto apremio, don Álvaro regresó al nivel del suelo, tomándose al poner los pies en la tierra un ligero respiro para enderezar los huesos. El mensajero había desaparecido.

–Pascual –llamó, aunque sin obtener respuesta.

–¡Pascual! –tronó esta vez y, acto seguido, la figura menuda del chiquillo surgió entre la penumbra de los muros.

–Celencia...

El crío mantenía la mirada baja mientras se retorció los fondillos de lo que alguna vez fuera una casaca corta.

–Déjame verte...

El rostro del hacendado se crispó indignado, no obstante, pudo evitar que esa sensación influyese en el tono de sus palabras. En su lugar, tomó aire en profundidad y, con gesto calmado, introdujo dos dedos en uno de los bolsillos del chaleco. La moneda de plata desprendió en el aire destellos de luna antes de que el chiquillo la atrapase de un manotazo.

–Di a tu madre que nadie en la casa de Álvaro de la Plana y Montessori viste como un pordiosero. Si es incapaz de hacer de ti un caballere, al menos que no te aderece como para mendruguear en la puerta de la iglesia.

Con una sonrisa en los labios y la moneda fuertemente sujeta entre los dedos, el chico abandonó el patio a la carrera. Otra amenaza del amo. Una de tantas que ya estaría olvidada al amanecer y, mientras, en la mano, el tacto sólido del dinero que al día siguiente transformaría en el mercado en manzanas acarameladas y rosquillas del santo.

El aristócrata inclinó la cabeza al introducirse por la boca angosta de la bodega transformada ahora en obrador de Fiera-

brás. Lo descubrió al fondo, observando atentamente un crisol de arcilla que, sobre el hornillo, desprendía un fulgor rojizo y vivo. Sonrió al verle tan absorto. En la distancia le recordaba la estirada figura de don Quijote perdido en su mundo de elucubraciones.

–Acérquese –le indicó con gesto apresurado, sin llegar a levantar la vista de la cocción que, como barro espeso, bullía dentro del bol–. ¿Lo ve?

Don Álvaro persiguió con la mirada el camino señalado por el huesudo dedo de su interlocutor hasta las profundidades del crisol.

–¿Qué tengo que ver?

–La costra que se está formando.

Revisó de nuevo el contenido burbujeante del recipiente sin encontrar la evidencia señalada. Siempre había albergado serias dudas sobre la cordura de su protegido, pero ahora estaba convencido de que la mente del hombre había terminado por esfumarse hacia algún mundo de difícil retorno.

–Aún no ha terminado de coagularse. –El doctor dibujó en el aire, sobre la cazuelilla de cerámica, una forma que don Álvaro interpretó como los radios de la rueda de un carro. Evidentemente, la imaginación del orate estaba creando algo que él era incapaz de apreciar.

De la Plana estuvo tentado de llamar a los criados para que llevasen a aquella especie de sabio desaliñado a sus habitaciones y dejar alguno de guardia que le impidiese abandonarlas sin que hubiera dormido, al menos, veinticuatro horas seguidas. Hasta donde él recordaba, el físico llevaba, como cálculo somero, cinco días sin descansar en una cama.

Tomándole amigablemente del brazo, le instó a abandonar aquel sótano infecto. Los vapores que emanaban las cocciones, sin duda, debían haber afectado fatalmente el cerebro de aquella frágil criatura. A medio intento se detuvo admirado: de los ojos de aquel hombre manaban reguerillos de agua que reflejaban los destellos rojizos del atañor.

–Mejor será que...

–Silencio –indicó el físico llevándose un dedo a los labios–. Sus ojos profanos no saben apreciarlo, pero está apareciendo la señal inequívoca de que la Obra está culminada. El lapis desprenderá una luminosidad blanquecina que destruirá la fealdad externa para que resplandezcan la verdad y la hermosura de la creación divina.

–Pobre hombre. Debe descansar...

–No hay tiempo. Llevo muchos años buscando el verdadero camino y equivocándolo a cada paso, pero en esta ocasión... –El doctor acariciaba con unción la reducida arqueta de madera reforzada de herrajes y sellada con un grueso candado que reposaba a su lado–. Vivía inmerso en la ignorancia hasta que esto llegó de los Países Bajos.

–Si me apura... le diré que nunca he tenido demasiada fe en esa donación de los antiimperialistas.

–Se equivoca, se equivoca... es una bendición del cielo. Ahora sé cuál es el camino auténtico.

–Entonces..., ¿habrá oro?

–Todo el que precise la causa. Más del que Bonaparte pueda oponer jamás.

–Con oro se compran armas y voluntades. Ahuyentaremos a los franchutes de nuestro suelo.

–Ah..., no solo se trata de un manantial inagotable de recursos, también lo es de...

En esos momentos escucharon pasos apresurados en el piso superior. Alarmados, se volvieron a tiempo de ver cómo Pascualillo irrumpía en el subterráneo con dificultades para articular las palabras en medio del sofoco:

–¡Ga... gabachos! –explotó al fin–. ¡Salieron por la Puerta de la Vega y están al llegar!...

–¿Cuántos?

–Muchos, a lo peor más de cien...

–Tú no sabes contar.

–Lo dijo el centinela del mirador.

Don Álvaro señaló hacia un portillo bajo y estrecho en el extremo contrario de la estancia:

–Póngase a salvo. Por el pasadizo llegará hasta la orilla del río y en la oscuridad podrá mantenerse oculto hasta que suceda lo que nos tenga destinado la Providencia. Después obre según su juicio.

–Agradezco el interés de su señoría, pero no puedo abandonar ahora lo que llevo tantos años persiguiendo.

–Amigo... –Aquella palabra sonó a despedida en labios de De la Plana.

El doctor lo intuyó sin esfuerzo y se aproximó al hombre, despojado ahora de la distancia en el tratamiento:

–Vaya con Dios, Álvaro. Preocúpese solo de mantener a salvo a su gente de quienes están al otro lado de la tapia.

Cuando el hacendado ganó el exterior, en el patio todo era revuelo y carreras apresuradas de mujeres reclamando a sus hijos y de hombres que arrastraban fardos, muebles y enseres para formar ante el portón de entrada la barricada que había ordenado el mozo de posta. Otros escalaban el mirador o se repartían a lo largo del muro mientras cebaban apresuradamente los mosquetes de avancarga y los naranjeros con pólvora y balas, clavos, piedras o cualquier otra cosa que pudiera servir como metralla.

Se detuvo a inspeccionar con detenimiento la línea de defensa y suspiró hondo. Poca gente. Con tan exiguas fuerzas no podía pensar en hacer frente a los franceses. Habría que negociar..., si es que realmente existía tal posibilidad.

Hizo una señal a sus seguidores más fieles, que ya empezaban a rodearlo, para que se mantuvieran en sus puestos: trataría de entablar conversaciones con el ejército.

Mandó abrir el portón y cruzó el umbral que lo dejaba a merced del enemigo. A su espalda quedó el gruñido metálico de los cerrojos atrancando el paso y, como por arte de ensalmo, en mirillas, troneras, derrumbes y cualquier hueco abierto en la tapia, florecieron bocas de fuego dispuestas a llevarse por delante a cualquiera que osase levantar su arma contra el hacendado.

La milicia gala no había recibido orden de desmontar de sus caballos y tenía serias dificultades para mantener en formación a los animales enervados por la reciente cabalgada. Don Álvaro se encaró con el oficial que parecía comandar la tropa:

–¿De cuándo acá se os permite irrumpir en la casa de un hombre del rey de esta forma?

–¿De qué rey?

La pregunta, lanzada en castellano herido de un profundo esfuerzo gutural, provenía de un jinete arropado de levita oscura que obligaba a su caballo a abrirse paso entre las filas de soldados.

–¿A qué rey le es fiel, mi estimado De la Plana? –reiteró. El hacendado pudo reconocer en el caballero al Jefe de Policía que José Bonaparte trajese consigo desde Nápoles. Había coincidido con él en la antesala de alguna audiencia en el palacio real pero, hasta ese momento, siempre habían mantenido un trato contenido y distante.

–Al único que he servido siempre: a nuestro rey Carlos, el cuarto de su nombre –pronunció la frase remarcando intencionadamente el posesivo.

–Ah, bon!... Esa actitud tan... ¿patriótica? –rió–, corrobora las sospechas que desde hace tiempo mantenemos sobre su persona...

–¿Cree que me importan sus presunciones?

–No, claro. Sin embargo, nuestro rey, el verdadero, a quien ha entronizado el emperador para sacar a los españoles de la desidia de siglos que arrastran, siente verdadera predilección por ellas. –El caballo pateó nervioso antes de obedecer a la orden de las espuelas y avanzar unos pasos–. Sabemos que en esta quinta se guardan armas recibidas de los forajidos antiimperialistas que infestan Europa, cada vez menos, al emperador gracias..., armas que después son distribuidas entre sus enemigos...

–Te dejas engañar. –La respuesta del aristócrata privaba momentáneamente a su interlocutor del trato de respeto, sin embargo a este no pareció afectarle tal afrenta.

–No, no lo creo; suelo ser bastante convincente cuando deseo información...

A una indicación suya se adelantaron dos jinetes llevando a un hombre por las axilas, con los pies elevados a dos palmos del suelo. Al llegar ante don Álvaro lo dejaron caer. El prisionero se desmoronó como una marioneta con los hilos cortados.

–El ciudadano Durand ha sido muy explícito refiriéndonos las labores tan peculiares que se llevan a cabo en esta hacienda. ¡Pobre Durand! –se quejó irónico el policía–, fue a caer en un absurdo control de caminos. Los soldados solo buscaban vino, pero él, poco previsor, no lo llevaba consigo. No le creyeron, eh... bon, se dedicaron a revisar a fondo el carruaje... et voilà, sorpresa, ¿qué encontraron bajo la tapicería?: veinte fusiles Forsyth de percusión. El admirable invento de un sacerdote escocés que ahora, gracias a su excelencia, poseemos nosotros. Un original artificio el de este fusil moderno: el perrillo no atenaza la piedra de chispa sino que golpea el percutor que prende el arma. Es un sistema limpio y seguro que eleva de dos a cinco la cadencia de disparo por minuto. ¿Era consciente de lo que poseía, De la Plana? A partir de ahora cada fusilero valdrá por varios..., aunque no creo que el emperador les aumente la paga por ello –rio.

–Lo siento..., lo siento...

El ovillo en el suelo que era el hombre gemía sin reunir fuerzas suficientes para ponerse en pie. Don Álvaro le ayudó a incorporarse y pudo apreciar de cerca las artes utilizadas por su interrogador.

–Mi buen amigo... –Le tomó en brazos para conducirlo dentro de la hacienda y dejarlo al cuidado femenino, después regresó al exterior.

–Espero que su alma de caballero nos permita llegar a un acuerdo. Deje salir a mujeres y niños y a cuantos no deseen permanecer a mi lado y tratemos esta situación como hombres de honor.

Una sonrisa sarcástica apareció en los labios del policía antes que su respuesta:

–*Ah, l'honneur espagnol...* –murmuró evocador–. Nadie abandonará esta quinta antes de que la hayamos revisado a fondo. El ciudadano Durand no solo nos facilitó las armas sino que, digamos..., se sinceró con nosotros... –Pronunciaba su castellano con evidente esfuerzo de las cuerdas vocales. No se complacía en hablar un idioma distinto al suyo ni se esforzaba en parecerlo. Con seguridad, en su fuero interno maldecía el sino que lo había llevado hasta aquella atrasada tierra de bandoleros y campesinos apartándolo de su luminoso despacho a orillas del Tirreno–. Su amigo nos habló de algo... –insistió– mucho más importante que los juguetes incautados y que, al parecer, se oculta en los sótanos...

El aristócrata se mesó el bigote, tan abundante que casi se unía en el espesor de sus patillas, y después, con el pecho erguido, miró fijamente a los ojos de su oponente.

–¡Sea como prefiera su señoría! –terminó bramando para dejar zanjada la conversación. Después dio media vuelta y comenzó, decidido, el regreso hacia el portón. Nunca llegó a alcanzarlo.

–*Le capitain!* –alertó el policía poniendo en marcha la celada que traían prevista.

El militar mantuvo elevado el sable antes de decretar tajando el aire:

–*Feu!*

En la segunda fila de caballería aparecieron media docena de bocas de fusil para responder a la orden.

Don Álvaro cayó de bruces, inerte, como un saco de lastre. Entonces desde el muro contestó la voz de los trabucos sembrando de metralla las filas del enemigo. El caballo del jefe de policía, herido en los ijares, rodó por el suelo arrastrando a su carga con él y, al instante, estalló un infierno de humo y fuego.

–*Dieu du Ciel! Alerte l'artillerie... feu!*

El cañón tronó llevándose un trozo del dintel del portón por encima de las cabezas de los mozos que, señalando el camino de regreso con un reguero de sangre, arrastraban a don Álvaro hacia el interior del recinto.

Pascualillo, escondido tras las zarzas de la ribera, escuchaba cómo las iras del averno se habían desatado a su espalda. Poco antes, el físico había puesto en sus manos el cofre misterioso, junto con una orden precisa:

–Llévalo a don Manuel y dile quién te envía, él sabrá qué tiene que hacer. ¡Rápido! ¡No te pares a mirar atrás!

En la oscuridad del túnel, el muchacho había escuchado el sonido de las vueltas de llave que le impedirían arrepentirse y regresar por el pasadizo secreto sin cumplir el encargo, y cómo, en el sótano abandonado, el doctor arrastraba el anaquel para ocultar el acceso al subterráneo.

Había cruzado el río con el arca en la cabeza y el agua hasta las rodillas. El mentón le tiritaba de frío y temor mientras llegaban hasta su posición voces conocidas que ahora gritaban órdenes frenéticas o se quejaban lastimosamente hasta enmudecer, junto a otras en la lengua de sus enemigos, que no comprendía sino en sus lamentos cuando caían malheridos. El sufrimiento no entiende de idiomas.

A mitad de camino hacia Puerta de Moros se detuvo inquieto: el silencio que llegaba desde la otra orilla del río no podía ser sino presagio terrible. Se volvió para interrogar a la oscuridad y no pudo distinguir los fognazos rojizos de los martillos de chispa de los fusiles, ni el silbar temible de las balas.

Coronó la cuesta burlando el portillo cerrado por un tramo semiderruido de la cerca. Entonces se empezaron a escuchar las descargas cerradas de fusilería que llegaban desde la quinta que acababa de abandonar. La imagen de su madre y la de sus amigos, prisioneros entre aquellos paredones, hizo que sus ojos se anegasen en lágrimas. Apretó el paso hasta que, cruzada ya la plaza de la Cebada, enfiló la costanilla que desembocaba en la puerta de Segovia. Antes de llegar, el campanario mudéjar de San Pedro el Viejo apareció ante sus ojos para indicarle que había alcanzado su destino.

Tocó insistentemente en la puerta de la casa parroquial hasta que un rostro pajizo, mal iluminado por un cabo de vela, se hizo

patente en una de las ventanas. Después las bisagras chirriaron y el canónigo, en camisa de dormir, apareció en el umbral y, tras dedicar una mirada temerosa a uno y otro lado de la calle, empujó al muchacho hacia el interior.

–Entra, rápido –apremió.

Depositó la palmatoria sobre un baúl antes de persignarse apresuradamente y atrancar la puerta por dentro.

I

—¿Quién lo notificó? —Con un viso de irritación en la voz, el inspector Pedro Gayo se dirigía al agente del zeta, mientras se izaba el sobrecuello de la cazadora para resguardarse de la fina lluvia.

—Lo tiene usted en el quiosco de bebidas. Hubo que envolverlo en una manta. El hombre se nos estaba quedando tieso, me temo que más por el susto que por el frío; andaba haciendo *jogging* cuando se topó con el fiambre.

El inspector de policía dirigió alternativamente la mirada hacia el cielo color gris amenaza y al establecimiento de bebidas que trataba de imitar en su alzado de madera las formas de un refugio de montaña. Tras los cristales empañados se adivinaba la silueta del deportista prestando declaración en su interior. «Qué mal repartido está el mundo», pensó. «Lo que daría yo por estar ahora entre sábanas calientes y el pollo este, el madrugón que se ha pegado para matarse a correr por la Casa de Campo...». Se volvió hacia el agente que permanecía aguardando sus indicaciones.

—Luego hablaré con él. ¿Cuánto hace que se fue el juez?

—Diez minutos escasos, por poco se cruza usted con él. Ya ha ordenado el levantamiento del cadáver.

—Gracias, agente. —El inspector esbozó un intento de despedir al policía de uniforme, pero, a medio camino,

varió de opinión—: Hágame un gran favor, ¿quiere? Daría cualquier cosa por un tazón de café bien cargado. Regresaba a casa cuando surgió esto.

—No le prometo nada. —Al alejarse, en el ademán del agente se entrevió un atisbo de enojo.

El inspector Gayo se acercó a los miembros de la policía científica afanados en la amplia parcela delimitada por una cinta donde podía leerse «Línea de Policía. No pasar». El perímetro marcado de esta forma nacía en la orilla del estanque y llegaba hasta la carretera próxima, englobando en su interior al establecimiento hostelero junto con su terraza de mesas y sillas metálicas, antes de retornar, abrazando varios chopos en su camino, hasta otro punto de la orilla situado a varios metros de su origen.

—¿Algo de interés, Santiago? —preguntó al compañero, que con la ayuda de unas pinzas puntiagudas desprendía restos de pintura incrustados en la corteza de un arbolillo.

—Varias cosas, Perico; ninguna definitiva, pero ya nos han tocado casos con menos indicios que este: rodaduras de vehículo que han quedado profundamente marcadas en el barro, muy pisoteadas por el futinero ese, pero aún aprovechables en algunos tramos; Castrejón está sacando un vaciado en escayola, antes de que la lluvia termine por emborronarlas del todo. —Señaló con las pinzas un surco alargado que se perdía hacia la orilla del lago artificial—. Marcas de arrastre del cuerpo, junto con las huellas de quien lo hizo. Llevaba botas de goma, corrientes, de las que utilizan los jardineros, con suela de tacos de consi-

derable volumen... En este árbol también tenemos un rozón con vestigios de pintura de automóvil y, en el suelo, pedazos de plástico del piloto trasero.

—¿Poliestireno?

—Nada de eso, piezas originales; policarbonato y metacrilato de metilo, eso nos lo confirmarán en el laboratorio.

—¿Las rodaduras y los restos de tulipa pertenecen al mismo vehículo?

—Puedes jugarle la paga.

—¿Y el cadáver?

—Aún no ha llegado el furgón. Échale un vistazo antes de que se lo lleven.

—Adelántame algo.

—Varón, de mediana estatura, delgado... Viste ropas de calidad. Si le examinas las muñecas encontrarás huellas de ligaduras; se han empleado a fondo con él. Hay algunos detalles que tendrá que ampliar el forense...

—¿Cómo le dieron matarile?

—Ninguna de las marcas que presenta se me antoja lo suficientemente grave como para habérselo llevado por delante, me temo que tendrás que esperar a la autopsia.

—No está mal para empezar, igual... hasta conoces la identidad del muerto. —El comentario socarrón de Gayo no fue bien acogido por su compañero, que resopló con fastidio antes de introducir los dedos en el bolsillo superior de la americana y extraer un pequeño bloc de apuntes.

—Ruiz Montegudo, Norberto; sesenta y cuatro años, librero. Vivía en el número quince de la calle Bailén. He enviado sus datos a la central.

—Carajo, Santi..., te ha cundido.

—Las huellas digitales están sin comprobar. Los datos los he sacado de su carné de identidad, conservaba la cartera con algún dinero en su interior; quien le haya dado el pasaporte no ha montado todo este número para robarle.

—Si sabes el nombre de quien hizo el trabajo, lo dices y nos vamos todos a casa...

—Déjate de bromas, Perico; estoy tan loco como tú por terminar con esto... Ah, una cosa que me ha llamado la atención: la cartera ha aparecido dentro del saco de arpillera que contiene el cadáver y no en algún bolsillo como parecería lógico...

—¿Cómo sabes entonces que es suya?

El policía científico se encogió de hombros:

—La foto del carné de identidad se le aproxima bastante, ¿qué quieres que te diga? Deja que continúe, yo también quiero irme. Cualquiera día llego a casa y el pequeño suelta: «Mamá, aquí hay un señor...».

Gayo se aproximó al cadáver. Con sumo cuidado, utilizando el remate de su bolígrafo, apartó el plástico dorado que lo cubría para revisar el cuerpo inanimado del presunto librero. A sus treinta y pocos años y pese a los que arrastraba de servicio, no había logrado asimilar el entristecimiento que produce la imagen de una muerte violenta; aquella apariencia de muñecos rotos, títeres desmadejados... En este caso, las muestras de ensañamiento que evidenciaba el cuerpo terminaron por levantarle el estómago.

—Inspector... —Con una mal disimulada sonrisa vindicativa, el policía nacional a quien antes hiciera el encargo,

reclamó su atención—, en la barra lo tiene. Es descafeinado; el dueño aún no ha tenido tiempo de encender la cafetera.

Agradeció la molestia al agente y acto seguido olvidó el café. La visión del cuerpo sin vida del hombre había sustituido la sensación de vacío que sentía en el estómago por otra aún más desagradable.

Sorteó las mesas empapadas de la terraza para entrar en el local y dirigirse al propietario que, escoba en mano, barría sin prisa alguna el suelo del establecimiento.

—¿Es normal que abra usted a estas horas de la mañana?

—Agradézcamelo, lo hice por ustedes. A veces duermo aquí, por los robos, ¿sabe? Generalmente madrugo para hacer lo que está usted viendo, pero con el cierre bajado. No me interesan los clientes tempranos. No los de esta zona.

—¿No oyó nada extraño la noche pasada? El vehículo estuvo junto a su puerta.

—¿Motores, quiere decir? Hombre, esa es la música habitual en cuanto cae la tarde. Usted sabe igual que yo que en esta zona de la Casa de Campo se comercia con carne humana. Los coches llegan en la oscuridad, recogen la mercancía de la orilla de la carretera y, al poco, regresan a devolverla —hizo un guiño de complicidad—. Ya me entiende. La gente normal no viene por aquí a esas horas.

«¿Gente normal? Te quedarías con la boca abierta si conocieses la cantidad de “gente normal” que pasa diariamente por comisaría», pensó el inspector.

—¿No ha observado en los últimos días alguna actividad inhabitual en la zona..., cualquier cosa que llamase su atención de alguna manera? Los cuerpos aparecen generalmente en lugares que los homicidas conocen de antemano.

—¿Qué actividad? La lluvia ha arruinado el fin de semana. Entre eso y que estamos a final de temporada, las familias prefieren echar la tarde delante del televisor y las parejitas de enamorados se dedican a pasear por la Gran Vía para no estropearse los zapatos. Si no le importa... —señaló con la mirada hacia los pies del policía—, tengo que barrer por donde está usted.

—Disculpe. —Gayo se retiró con precipitación, como si el hostelero le hubiese encontrado en falta.

—Pedro, haz el favor... —La llamada partía del fondo del local, desde el grupo que rodeaba al deportista—. Este caballero fue quien encontró el cuerpo, ¿quieres hablar con él?

—Léeme tus notas —dijo, y luego se dirigió hacia el hombre que, arrebujado bajo la manta, sorbía con precaución una infusión de tila—. Procure recordar cualquier detalle, aunque a usted no le haya parecido importante. La impresión del descubrimiento de un cadáver es tan impactante que, a veces, se olvidan datos significativos.

El deportista se desprendió de la cinta de toalla verde que aún llevaba alrededor de la cabeza para asentir.

—Don Valentín Ochoa...

—Sáltate eso.

—...para hacer sus prácticas habituales de deporte, a las seis y media de la mañana, proveniente de la avenida de Portugal, se introdujo en el recinto de la Casa de Campo por la zona de pabellones de la antigua Feria de Campo para acceder desde allí al lago y comenzar la primera de las dos vueltas a su perímetro que, normalmente, constituyen su recorrido. Hasta ese

momento no observó nada extraño, pero, llegando al espacio donde comienzan las terrazas de los establecimientos hosteleros, distinguió algo que, a primera vista, confundió con una barca semihundida en el agua del lago, cerca de la orilla. Se acercó al objeto que resultó ser un saco de arpillera del que sobresalía una mano humana. Por medio del teléfono móvil comunicó el hallazgo a la policía, que se personó en breves instantes... Esto es lo más importante.

–Nada extraordinario.

–¿Tengo que firmar la declaración? –El hombre se había desprendido de la manta y tendía la mano hacia las hojas de apuntes.

–Tómese hasta esta tarde por si recuerda algún detalle nuevo y pase por las dependencias de la brigada provincial de homicidios para formular la declaración. Lo que ha tomado mi compañero no son más que notas preliminares. Recuerde que no debe abandonar la ciudad sin avisarnos antes... Por nuestra parte nada más sino quedarle reconocidos por su colaboración. Ahora un zeta le llevará a su casa.

–Se lo agradezco, necesito con urgencia un baño caliente y un tazón de leche hirviendo...

En ese momento un rumor harto conocido reclamó la atención del inspector que limpió el vaho del cristal para observar cómo el furgón de los servicios funerarios partía hacia el Instituto Anatómico Forense, llevando en su interior los restos del infortunado librero. «Todos los baños de agua caliente del mundo no podrán sacarle ya el frío de los huesos», meditó tontamente.

—¿Le importaría?

Pedro se volvió hacia el dueño del local, que le miraba, algo molesto, con un cubo de agua y un par de bayetas en las manos.

—¿Le importa? —insistió—. Tengo que limpiar la cristalera...